

**NARRACIÓN**

# EX-LIBRIS

Por Vero Mariaka

"Que otros se jacten de los libros  
que les ha sido dado escribir:  
yo me jacto de aquellos que  
me fue dado leer"  
(Jorge Luis Borges)

De los libros,

En el mundo tímido y reservado, estridente y volátil, bárbaro o taimado. Narradores en voces susurrantes que deambulan por las calles de a pie o en barcos pesqueros, tirando la red en busca de la especie perfecta.

Dicen los que cuentan historias, gritan los que se agolparon largo tiempo en el silencio, cuentan esos que como Borges vivieron entre estantes corpulentos, llenos de libros, que no hay festín más grande que una temporada en los confines de los libreros.

Todo inicia con la evocación del mundo, con la lectura del mismo, con aprender a nombrarlo, a nominalizarlo como lo hizo el que sucumbió ante la rosa y no tuvo más remedio que gritar su nombre. Desde el acto de leer el mundo,

se despeja la conjunción de quienes moran las palabras y paladean la mirada en el vacío que se va poblando por la imaginación.

Se trasiega como aquel viajante en busca de domicilio, como un colonizador de nuevas palabras; alimentándose con los vestigios de certeza: porque cuando nada se te escapa a la mirada, al paladar, a la yema de los dedos, se ganan certezas.

Para escribir estas líneas traté de licenciarme en las palabras precisas, rastreando un código binario que no amalgamara los sentidos. Todo lo que se le diga a un viajante termina sobrando cuando el tamaño de la maleta depende de quien la porta. Depende del calibre de sus historias.

Borges fue el capitán de los viajeros del siglo XX; de entre los libros surgió, vistiendo sus pámpanos, acariciando sus lomos, punteando símbolos. Erudito entre los eruditos, él, libro que se escribe en versos y versos que se leen a través de la perfección de su lenguaje.

[...]María Kodama y yo hemos errado por el globo de la tierra y del agua. Hemos llegado a Texas y al Japón, a Ginebra, a Tebas, y, ahora, para juntar los textos que fueron esenciales para nosotros, recorreremos las galerías y los palacios de la memoria, como San Agustín escribió. [*Biblioteca personal. Prólogos* (1988) – Jorge Luis Borges]

Caminando por la *Av. Corrientes* de Buenos Aires, en busca de libros que completaran esta sensación de incompletion del viajante, libros que trataran de inferir con el destino de mi hogar, comprendí que cada vez que ponía un libro nuevo en el estante estaba poniendo ladrillos macizos sobre mi domicilio, creando una pared móvil que jugaba a *puzzle*. Cada pieza formaba una nueva galería, un pasaje asequible para ser caminado. *Corrientes* se trasladaba a mi habitación, y en el fondo estaba el *Obelisco* morado por Borges, capitaneando las elecciones de los lectores modernos.

De eso se trataba, intentar saciar una curiosidad que maniobra de forma tan fulgente que nunca se satisface y crece junto con la expansión del universo.

Te despliegas como un *Robinson Crusoe*, bajo el alero de las bibliotecas, aparcando como aquel náufrago inglés que pasa una larga temporada en una remota isla tropical o como *Odiseo* capturado por el devenir de los Dioses.

Es así como te jactas de pasar a los aposentos de la amante precisa, es así

como caminar por la *Av. Corrientes* se convierte en buscar en los bosques de *Afrodita*, la cama hecha de hojas en la que alguna doncella desplegara sus encantos.

Somos viajeros conducidos por la mano de grandes escritores, somos los curiosos que apuntan a morir devorando libros, juntando tesoros incalculados, somos los piratas que navegan por los mares en la exploración de tantos lenguajes como se nos ofrezcan.

Somos los nacidos bajo el amparo de las letras de Borges, pequeños viajeros, obnubilados por la magnitud de sus letras, pero sobre todo por el volumen de su conocimiento.

Aún hoy camino por las librerías, en una búsqueda incansable: esperando que un libro me busque, que nos encontremos, que cenemos y reposemos en la misma morada. No sé cuántos libros más deberé leer, creo que ya Borges nos puso el listón muy alto, no obstante, vos leé, que quizá en una de esas logremos encontrar el lenguaje correcto para poder escribir la mitad de lo que él nos regaló.

[...]Un libro es una cosa entre las cosas, un volumen perdido entre los volúmenes que pueblan el indiferente universo, hasta que da con su lector, con el hombre destinado a sus símbolos. Ocurre entonces la emoción, singular llamada belleza, ese misterio hermoso que no descifran ni la psicología ni la retórica. "La rosa es sin porqué", dijo Ángelus Silesius; siglos después, Whistler declarararía "El arte sucede". [*Biblioteca personal. Prólogos* (1988) – Jorge Luis Borges]

Amigo viajante, ojalá seas el lector que este texto aguardaba.